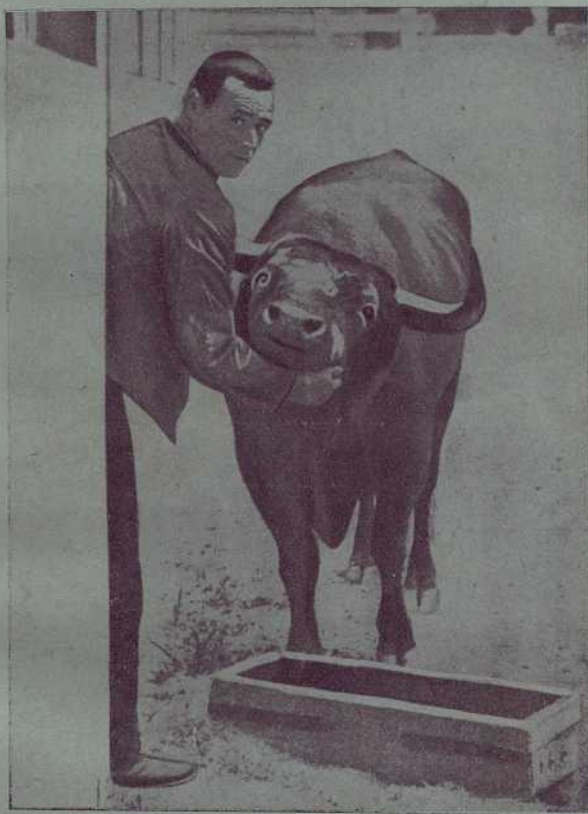


LA FIESTA NACIONAL

LA FIESTA NACIONAL



POR CLAUDIO DE SOUSA

Precio: UNA peseta

: LA FIESTA NACIONAL :
O ANÁLISIS MORAL Y SOCIAL
DE LAS CORRIDAS DE TOROS

CLAUDIO
: SOUSA :

LA FIESTA NACIONAL O ANÁLISIS MORAL Y



SOCIAL DE LAS CORRIDAS DE TOROS



COMO PRÓLOGO

CUANDO surgió en mí la idea de escribir este trabajo pensé, puesto que soy desconocido para el público, buscar un escritor de fama que lo prologara.

Quizá no me fuera difícil encontrarlo, siguiendo la costumbre tan arraigada en España de la recomendación; pero ante la insignificancia de este librito y el temor de recibir algún desaire, desistí de mi propósito de buscar quien me presentara, y aquí estoy ante ustedes, tal como soy, con mi traje de diario, despojado de toda galanura.

Me impulsa a este atrevimiento el convencimiento íntimo de que la causa que defiendo es justa, es honrada y es buena.

Ya sé que por una parte del público que me lea será juzgado de sensiblero o de ridículo. No me importa; me basta sólo que otra pequeña parte de ese público me comprenda.

Nunca las mayorías se han distinguido por sus sentimientos de humanidad y de justicia.

Desdichadamente los hombres verdaderamente justos, educados y de exquisita espiritualidad están en desproporcionada minoría.

Otra cosa sería de España si ocurriera lo contrario.

Claudio Sousa.

LAS CORRIDAS DE TOROS

PARA estudiar y poder presentar a nuestros lectores las corridas de toros, tenemos que descomponer su atrayente conjunto en los elementos que las integran.

Estos elementos constituyentes son: el público, el torero, el caballo, el toro y la Prensa.

EL PÚBLICO

Los espectadores de las corridas no ven en el espectáculo más que lo que tiene de escénico. Muy pocos, dotados de sensibilidad, aprecian los horrores y la tragedia que a través de tan sugestiva fiesta se está operando.

¿Habéis visto nada más disparatado y desconcertador que ese conjunto abigarrado e inarmónico formado por los espectadores en las corridas?

Dan la sensación de una masa indescriptible de beodos y de locos. Protestan de lo mismo por lo que han dado dinero por ver.

Este público es muy diverso y heterogéneo.

Hay entre él una gran parte de analfabetos que van donde se les llama o a donde se les empuja. Turbamulta inconsciente e ignorante guiados por insana curiosidad o por la vanidad de contar después, dándose el tono de testigos presenciales, el que un caballo herido en el vientre, con salida de un trozo de intestino, impulsado por

miedo insuperable a ser herido otra vez, emprende frenética y desenfrenada carrera alrededor de la valla, como buscando salida, huyendo despavorido, y a medida que corría, por la acción de la gravedad, iban descendiendo los intestinos que pisaban sus pies, desgarrando toda la masa intestinal hasta dejar vacío su vientre, y a pesar de su dolor inmenso el caballo corría, corría desesperadamente, con carrera epiléptica y horripilante, hasta que no pudiendo más caía en tierra con las últimas convulsiones de la agonía.

Mientras esto ocurría, los espectadores, puestos en pie, reían, reían con carcajadas estridentes de alborozo y alegría, como si presenciaran el más divertido de los espectáculos. O bien la cogida de un torero o de un picador, que el toro le haya aplastado la cabeza o le haya clavado un cuerno en el pecho.

También hay una buena parte de público fino, compuesto por altos, medianos y bajos empleados; por bajos, medianos y altos burgueses.

Éstos son los aficionados teóricos, que también podemos llamarles técnicos; esto es, los aficionados *fetén*, los *consagraos*.

Estos buenos señores, quince días antes de que se celebre la corrida ya están ocupándose de ella en tonos de suficiencia, prediciendo enfáticamente lo que ha de ocurrir en ella. ¡Ellos lo saben muy bien!

El ganadero, para que haya *hule*, le está dando a los toros la «Emulsión Scot» y los obliga a hacer gimnasia sueca antes de almorzar, y de beber les da agua sublimada y aguarrás.

El matador, un niño pera que se desayuna con chocolate, come los garbanzos con tenedor, se perfuma y encorsela, baila el *charlestón* y dice en cada minuto veinte veces *estupendo y burrada*.

En cuanto se vea delante de los toros verifica en un mismo acto todas las necesidades fisiológicas. ¡Si lo sabrá él!

¡Hay que ver el día de la corrida a estos aficionados de ley! Nada hacen con calma ni con sosiego, excitados por el fuego de la afición.

Ese día hasta se lavan, se colocan el clásico cordobés y empuñan un palasán de muchos nudos. ¡Hay que verlos!

Antes de comer toman su aperitivo alcohólico en donde tienen público que los admire, por sus conocimientos taurófilos, y donde repiten una y cien veces sus predicciones de lo que no tiene más remedio que suceder en la corrida, dadas éstas y las otras condiciones del ganado y de los toreros.

Comen mejor y más abundantemente que de ordinario, saborean su taza de café, y cuando se dirigen a la plaza encienden un puro lo más largo que le es posible, y ahí los tenéis, ufanos, desbordantes de alegría y de felicidad; como que van a su fiesta favorita, a la fiesta nacional. ¡Qué hombres!

Con bastante tiempo de antelación llegan a ocupar su sitio en la plaza. Lo primero que hacen es echar una mirada de superioridad sobre todos los que le rodean; después miran al palco presidencial y sacan su reloj.

¡Si se llegara a retrasar el presidente!

Nerviosos de impaciencia miran y remiran al palco presidencial. Es la hora fijada en punto y el presidente no aparece. Entonces él, iracundo, mira a su alrededor y exclama: ¡Qué escándalo! ¡Esto es intolerable; la hora en punto y la presidencia sin dar señales de vida!

¡Por fin! A la hora en punto y medio minuto aparece el presidente, que es recibido con silbidos y protestas.

¡Estos caballeros son muy puntuales! ¡Pues no faltaba más!

Inmediatamente que sale el primer toro lo reseñan: negro zaíno, corniveleto, mogón del izquierdo, «reparao» del derecho, neurasténico, pero mal intencionado.

Saben del toro hasta sus disgustos familiares.

Pero cuando estos señores demuestran su competencia es cuando los picadores no se arriman, el matador es inoportuno en los quites o tiene que repetir las estocadas o a los banderilleros se le caen o pinchan mal las banderillas; entonces, ¡hay que verlos!

Se levantan de su asiento, y con la cara contraída por la ira, congestionados por la indignación y por la digestión, la mirada fosforescente, los puños crispados y amenazadores, le largan un ensarto de insultos a los pobres lidiadores capaces de sonrojar a un recaudador de arbitrios.

Mientras dura la corrida están en tensión nerviosa; tan pronto apostrofan a la presidencia por su ineptitud o porque está sobornada por las empresas o insultan a los lidiadores, como se dirigen a los demás espectadores diciéndoles que en las corridas ya no quedaba ni puntualidad ni dignidad ni vergüenza torera; en una palabra, ya no quedaban riñones.

La puntualidad, dignidad y vergüenza van a buscarla estos señores a la plaza de toros.

¿Usarán de estas virtudes en todos los demás actos de su vida?

Ahora, lector amable, perdóneme esta digresión, que al mismo tiempo es una advertencia.

Cuando veáis a estos caballeros en la plaza de toros con las actitudes dichas, dando muestras de ser muy hombres, capaces de comerse los niños crudos, no los creáis; yo los conozco muy bien: la mayor parte son unos infelices, si no amantes, sufridos y resignados padres de familia, que tienen por mujer y suegra dos respetables señoras muy dignas de figurar en el escalafón de cualquier cuerpo armado.

Contrariados en su hogar todo el año, víctimas de la familia que a todas horas le están refregando por las narices la carestía de las subsistencias, con difíciles medios económicos en muchos casos, y víctimas también de la sociedad que los desprecia por su insignificancia, sin valor personal y cívico para hacer valer sus derechos y afrontar las situaciones, van tragando la vilis que durante mucho tiempo se acumula, hasta que hace explosión en la plaza de toros y la vierten sobre el presidente y los lidiadores, porque son los únicos que no le devolverán nunca el insulto.

Pero ellos quedan satisfechos, porque así han desahogado, pues se hacen la ilusión de que todos esos insultos van dirigidos a su suegra y a su mujer y a cuantos cree él que tienen la culpa de su perra vida.

Hay también un número de espectadores que pode-

mos denominarlos indiferentes. Éstos van a las corridas como pudieran ir a un mitin sanitario, sin pesar, pero sin entusiasmo.

Ahora bien, que no les agradaría que en la corrida ocurriera algo gordo y ellos no lo presenciaran.

Ahora nos queda el más interesante de los grupos en que dividimos los espectadores; me refiero a las espectadoras, a la mujer que concurre a las corridas.

¿Pero son realmente aficionadas las mujeres que concurren a las corridas?

¿Pero es posible que haya quien crea que la mujer española pueda ser partidaria de esta fiesta?

Yo protesto con toda mi alma de semejante calumnia.

La mujer española va a las corridas de toros a lucir su vestido, su mantilla, su mantón de Manila, su cara serrana y su cuerpo escultural, a todo menos a ver la corrida, puesto que no hay una que al ver la embestida del toro al caballo, al poner un par de banderillas o al tirarse a matar no vuelva la cara, y cuando ven que un caballo pisotea sus propios intestinos se horroriza.

A la mujer española, de corazón piadoso cual ninguna otra mujer del mundo, se le infiere una gran ofensa suponiéndola aficionada a los toros.

Nuestra mujer ama las fiestas de arte y de emoción, y no puede haber arte ni emoción generosa en un espectáculo donde están en peligro de muerte semejantes nuestros y donde se martiriza cruel y despiadadamente a pobres animalitos indefensos, que sufren los rigores de la más inicua injusticia a cambio de tantos beneficios como de ellos recibimos.

EL TORERO

DE todos los elementos conscientes que entran a formar parte de las corridas de toros, el torero es el más simpático y el menos culpable.

Originario generalmente de familia humilde, donde todas las privaciones y aun la miseria tienen representación, cuando su existencia asoma al mundo se preguntan: ¿Dónde hay pesetas y dónde hay aplausos? ¿En los toros? Pues ahí van ellos.

Millares de muchachos jóvenes y animosos emprenden la carrera del toreo, que es una odisea llena de vicisitudes, verdadero calvario de hambre, de frío y de toda clase de sinsabores; pero alentados por la esperanza de llegar recorren el camino, lleno de abrojos, que a muy pocos conduce a la riqueza y a la fama.

¡Cuántos infelices dejan sus vidas en las astas de los toros, entre las ruedas del tren o enferman y mueren de hambre y de fatiga!

¡Cuántas incertidumbres, zozobras, trabajos y riesgos de perder la vida hasta conseguir ganar las primeras pesetas!

Esta legión de luchadores anónimos, verdadero ejército de combate mudo y trágico, pasa desapercibido para todos.

Pero el verdadero mérito del torero consiste en que es la única profesión que en España existe que para llegar y vencer no sirve la recomendación ni el apoyo oficial.

Se llega a la meta por puro esfuerzo personal, en lucha noble y franca, con peligro inminente de muerte y teniendo por juez al más soberano sobre la tierra, el que nunca se equivoca: el público.

Podrá un torero conseguir una reputación falsa valiéndose de la Prensa, pero esta posición dura lo que todas las posiciones de esta índole: mucho menos que el brillo de las joyas falsas comparado con las de oro de ley.

Alcanzada la popularidad, no por eso deja de ser una vida de inquietudes y de angustias, sobre todo para sus familias.

Las dos horas que duran las corridas son dos horas eternas de tortura y de ansiedad para las pobres familias de los toreros.

Cada ruido en la puerta o en la calle le produce un sobresalto de terror, porque de un momento a otro puede llegar la fatal noticia: *cogido*.

Hasta que no llega el amigo o el parte urgente con el «sin novedad», no se respira en la casa de los toreros.

¡Cuánta tranquilidad y cuánta alegría devuelven estas dos palabras «sin novedad»!

¡Qué lástima que tanto derroche de sacrificios no sean hechos por otra causa más noble y más beneficiosa para la sociedad!

EL CABALLO

EL caballo! La sola invocación de este nombre inspira afecto y simpatía.

¡El caballo! El más útil, el más generoso, el más abnegado amigo del hombre.

Le da a éste cuanto tiene, cuanto puede, cuanto se le exija.

¡Con cuánto desprecio, con cuánta injusticia y con cuánta crueldad se le trata!

Bien es verdad que la mayoría de las gentes no conocen al caballo; si lo conocieran, no podrían dejar de quererlo y no podrían tampoco presenciar impávidos la muerte que se le da en la plaza.

Muerte horrible que crispa los nervios, oprime el corazón e indigna a toda conciencia honrada.

Sólo suponiendo que los que toleran y presencian la suerte de varas desconocen lo que es y significa este noble animal, es como únicamente se explica el que to-

leren, los que deben evitarlo, y lo presencien, a los que les debe repugnar, tan cruel y salvaje escena.

Para conocer bien al caballo hay necesidad de tratarlo, y basta tratarlo para quererlo, sobre todo si tenemos necesidad de los múltiples y utilísimos servicios que nos presta.

Con frecuencia oímos decir: «A este caballo no le hace falta más que hablar», para demostrar que es inteligente y dócil, sin tener en cuenta que el caballo, si no posee la palabra articulada, tiene en cambio otros medios de expresión tan elocuentes y más sinceros que el hombre.

Su relincho es una expresión de alegría. Su resoplido indica indignación. Su tristeza la manifiesta en la mirada.

Sus afectos al hombre que lo trata bien son tan sinceros, tan elocuentes, tan delicados y expresivos que nos conmueven.

La envidia la expresan con perfecta claridad, porque no tienen la malicia del hombre para ocultarla.

Cuando se le castiga injustamente guardan rencor que no saben reprimir, y lo manifiestan dignamente.

¡Cuánto podrían aprender algunos hombres del caballo!

La música la siente el caballo como ser de fino y sentimental espíritu, y lo demuestra de manera que no puede cabernos duda.

Las marchas fúnebres le entristecen y los toques de clarín y el redoblar de los tambores le enardecen, porque les causa el mismo efecto guerrero que al hombre, y los aires alegres les produce una vivacidad y alegría

que manifiestan con relinchos y otras expresiones bien patentes en su cara y en sus movimientos.

Hay hombres para los cuales la música no ha pasado de la categoría de ruido.

El caballo, como ser inteligente y consciente, se da exacta cuenta de la enorme infamia que se comete con él.

¡Pobre animal! Cuando en medio de la plaza se vea herido y acosado frente al toro a fuerza de palos y pinchazos, sin una voz de aliento y de cariño, abandonado y martirizado con tanto ensañamiento y crueldad, en su corta, pero ingenua inteligencia, ¡qué pensará del hombre, al que ha dado pródiga y generosamente su vida de sacrificio y de trabajo!

¿Es aquél el premio de tantos y tan buenos servicios como ha prestado?

Nuestro orgullo o vanidad de especie superior, que nos cree más cerca de la divinidad que de la naturaleza, no nos permite, o mejor, no queremos, porque nos parece un rebajamiento moral, considerar al caballo como un hermano nuestro en la naturaleza física y moral, considerando a éste únicamente como una máquina viviente, sin comprender ¡insensatos! que esa máquina es exactamente igual, hermana gemela de la máquina complicada y grosera de cuya estructura combinada resulta nuestra vida.

Nada hay esencialmente diferente en el cuerpo del hombre y del caballo.

Para nacer recorreremos igual ciclo evolutivo.

Su histología y elementos celulares tienen idéntica composición, estructura y textura.

Su anatomía y organización es tan igual, que basta estudiar la anatomía del hombre para estudiar la del caballo.

Su cuerpo, al que le sirve de armazón el esqueleto, está formado por tejidos, órganos y aparatos que desempeñan idéntica función que en el hombre.

Su patología, tan análoga que no hay enfermedad que padezca el hombre que no la padezca el caballo, y estas enfermedades se contagian del hombre al caballo y del caballo al hombre, y los tratamientos, tanto curativos como preventivos, son rigurosamente iguales.

Si es igual su histología, anatomía, fisiología, patología y terapéutica y su espíritu está sujeto a las mismas inquietudes y necesidades fundamentales, puesto que aman, odian, se mortifican por la envidia y sienten las amarguras de la injusticia, ¿no es infame y cruel llevarlo al sacrificio horrendo de la plaza, por el único delito de ser menos inteligente pero más bueno que nosotros?

La única diferencia, y ésta es sólo aparente en algunos casos, que hay entre el hombre y el caballo es la de la posición o estación sobre el terreno.

El caballo adopta la posición cuadrúpeda y horizontal y el hombre la bípeda y vertical.

¿Pero no es verdad que hay hombres que parece que adoptan la posición cuadrúpeda, por lo fácilmente que le es doblegar la cerviz o cocear, según le convenga?

¿No es verdad también que hay caballos que por lo digna y arrogantemente que yergue su cerviz y porque no cocean nunca son dignos de ostentar y adoptar la posición bípeda y vertical?

Cuando han llegado hasta las alturas del Poder los clamores sentimentales de las personas buenas, que se horrorizan por la muerte en la plaza del caballo, este Poder, indeciso en esta ocasión para hacer justicia, en vez de suprimir de una vez la infame suerte ha ensayado los célebres petos, que no hacen más que prolongar por más tiempo los sufrimientos y la agonía de estos pobres animales.

Cuando el Gobierno se ocupó de este asunto, ante el temor de la supresión definitiva, salieron en defensa de la suerte los toreros, como es natural, y algunos revisteros, que tuvieron el descaro de llamarla «la artística suerte de varas».

¿Pero hay arte en un acto que consiste en un hombre disfrazado de sapo montando un pobre jamelgo esquelético e indefenso, al que su amo, no pudiendo estrujarlo más, lo vende por unas miserables pesetas para que lo maten con todas las infamias del más horrendo martirio?

Estos revisteros tienen del arte un concepto bien elevado y completo.

EL TORO

CUANTO acabamos de decir del caballo es aplicable respecto al toro.

El pobre toro es también digno de recibir una muerte menos cruenta que la que se le da en la plaza.

Claro es que el toro inspira menos compasión, porque su destino ha de ser siempre el sacrificio. Es animal de carnicería y vive menos familiarizado que el caballo con el hombre.

Pero éstas no pueden ser razones nunca para sacrificarlo con todos los horrores de la más refinada crueldad.

La carne de toro muerto en lidia carece de las condiciones higiénicas necesarias para que sea sana y nutritiva.

Es carne febril que ha sufrido alteraciones químicas en su composición, y es rudimentario, en buenos principios de higiene, no consumir para nuestra alimentación

carnes de animales febriles, bien sea la fiebre por enfermedad o provocada, como en la lidia, por la irritabilidad y el castigo.

El toro embiste con fiereza y bravura porque se ve acorralado.

No es tan corta su inteligencia para no comprender que ha sido llevado a la plaza con engaño y astucia.

En algo se había de parecer también al hombre.

También los hombres, cuando se ven engañados, vencidos y acorralados, se defienden y atacan con la misma valentía que el toro; no miden el poder del adversario; luchan, y aun vencidos, nunca se ven humillados.

Hay algunos otros hombres a los que llamamos prácticos, de orden, prudentes, adaptables y ajustados a las prácticas del vivir cómodo; los listos, los vividores, que aunque se vean perseguidos, acorralados y aunque les pongan banderillas de fuego jamás se defienden y menos atacan.

Reflexionan que les conviene aguantar, y por lo que ellos llaman prudencia, pero que no es más que indignidad, lo aguantan todo.

Son los sufridos los verdaderos mansos en apariencia, que en el fondo son hienas que se han trazado un camino para llegar y no les importan los medios.

Comparar a éstos con el toro es hacerles demasiado favor.

La altivez la reservan estos prudentes señores para los que ellos suponen en un plano inferior al suyo. Entonces, ¡hay que verlos cómo se inflan y blasonan de lo

que ellos debieron emplear con la oportunidad debida con los que pueden otorgarles algún favor o proporcionarles algún perjuicio!

El toro en la plaza es completamente distinto que en el campo; todo lo que tiene de fiero en la primera tiene de dócil y de tímido en el segundo.

Un niño de corta edad le hace correr espantado, y acude sumiso y cariñoso cuando el vaquero le llama por su nombre y agradece infinito que éste le acaricie, dándole palmaditas y pasándole la mano por el testuz y por el cuello.

Repetidos son los casos de que el toro en la plaza, después de ser picado, banderilleado y de haber recibido algunas estocadas es llamado por el vaquero desde entre barrera, y en medio de tanto dolor y aflicción, clavadas y pendientes las banderillas sangrantes y acribillado horriblemente su cuerpo de heridas profundas, que como surtidores borbotean sangre, ha acudido solícito al lugar de donde partía la voz amiga y se ha dejado acariciar por última vez, y él corresponde a estas caricias con un mugido lastimero, que para las personas observadoras y de corazón es todo un poema.

Así como el león es el rey de la selva, el toro es el rey de la dehesa.

No hay animal que le iguale en arrogancia y majestad. La armonía y corrección de sus líneas y sus movimientos rítmicos, arrogantes y graciosos lo hacen el más bello de los animales.

Hasta cuando ataca fiero es sublimemente hermosa su figura, porque sublimes y hermosas son todas las ac-

titudes y todas las arrogancias adoptadas en propia defensa y en defensa de las causas buenas.

Sacrificar el toro de la manera que se hace en la plaza es lisa y sencillamente una infamia más de las muchas que el hombre comete con los animales.

LA PRENSA

LA Prensa, difundidora de todas las verdades y propagadora de todos los adelantos, gran placa sensible que al mismo tiempo que recoge transmite todas las vibraciones y todas las inquietudes de la vida nacional, desde el corazón de Madrid al más apartado y recóndito lugar, es también la difundidora del mayor de los errores.

No hay un periódico español que no dedique atención bien preferente a las corridas de toros y a cuanto con ellas tiene relación.

Los grandes rotativos ocupan una página entera en reseñar corridas y biografiar toreros, presentándolos como seres semidivinos, contando de ellos hasta los más nimios detalles, que al ser relatados con ingenio y con arte toman todas las apariencias de héroes de epopeya.

Plumas bien cortadas, verdaderos ingenios de la literatura, consagran su actividad e inteligencia a reseñar corridas y a escribir crónicas taurinas.

No siempre las revistas y las crónicas taurinas están escritas con sinceridad.

En muchos casos es el favor o el odio al torero lo que las inspira.

Frecuentes son los casos de reputaciones artificiales hechas en favor de un torero que ha conquistado, sabe Dios por qué medios, la simpatía de la Prensa y frecuentes también los casos de toreros que valen como tales, pero que no han sabido conquistar esa misma simpatía, y que cuanto labor hagan es censurada o premiada por la indiferencia y el silencio.

Ahora que, como todo lo artificioso, cae al soplo demolidor de la verdad.

La Prensa, pues, es la culpable de mantener el fuego epiléptico de esa afición.

Esa literatura floreada y rimbombante va infiltrándose poco a poco en el alma del pueblo que la lee, porque le falta capacidad para leer y comprender otra clase de literatura.

¡Qué lástima que tanta actividad y tanto ingenio no sean puestos al servicio de una obra educadora del corazón y del cerebro!

DOS RUEGOS

UNO al Gobierno, para que sin demora, vacilaciones ni tibiezas decrete la prohibición absoluta de las corridas de toros, que son un baldón y nos deshonran ante el mundo civilizado, presentándonos como un pueblo cruel y sanguinario.

El que las corridas en España sea un espectáculo tradicional no puede ni debe ser nunca motivo para que no se supriman.

La tradición debe cumplirse y conservarse religiosamente en todo lo que se refiera a nuestras glorias y a nuestras virtudes, no en cuanto a nuestros vicios y errores.

Los intereses creados no son tantos ni de tal importancia que puedan ser motivo para persistir en tan magna equivocación, y sobre todo que los intereses materiales, por muy respetables que sean, son siempre insignificantes cuando se oponen a que se cumplan deberes

morales y sociales y dictados de nuestra propia conciencia. Los únicos perjudicados son los ganaderos, los dueños de las plazas de toros y los toreros.

Los ganaderos pueden dedicar sus ganaderías a la producción de carnes, y con ello resolverían en gran parte el problema magno de las subsistencias.

Un toro de lidia tarda cinco años para que sea destinado al consumo público, y en ese tiempo pueden producirse cinco reses aptas para el matadero, con lo que se aumentarían considerablemente la producción de carne inmejorable, y al producirse en mucha mayor cantidad, por consecuencia automática y lógica, vendría el abaratamiento.

Los dueños de las plazas pueden muy bien destinarlas a fábricas y talleres y los toreros dedicarse a otra profesión, que si no tan lucrativa por lo menos sería más tranquila para ellos y sus familias y para la sociedad más beneficiosa.

Suprímase de una vez y para siempre esa fiesta, esa vergüenza nacional que embota nuestra sensibilidad y que nos envilece y humilla, seguros de que al año de supresión quedará como un recuerdo de nuestra historia negra, que se sumará a otro recuerdo, triste también, que se ha esfumado a través del tiempo.

Tan tradicional como los toros y tantos o más intereses creados tenía el juego en España y, sin embargo, bastó la buena voluntad de un Gobierno para extirparlo de raíz. Y «ni el suelo tembló...»

Exactamente igual que si se suprimieran las corridas de toros.

Otro ruego para la mujer española, para la calumniada mujer española, por suponerla partidaria de las corridas.

Es ruego y súplica a la vez.

La supresión de las corridas es obra de amor, de cultura, de humanidad y de justicia, y siendo obra de amor a vosotras corresponde por derecho propio el principal papel, porque vosotras, mujeres españolas, las más sensibles, las más espirituales y las más femeninas de todas las del universo, sois suma, compendio y síntesis de todos los amores.

A vosotras me dirijo para que inculquéis y hagáis comprender a vuestros hijos y esposos los horrores de la tragedia taurina, donde pierden la vida semejantes nuestros, padres e hijos de familia también, y se martiriza horriblemente a animales, hermanos nuestros en naturaleza, que por lo indefensos y desamparados son dignos de vuestra compasión y amor.

No vayáis nunca a las corridas de toros, no autorizéis con vuestra linda presencia las infamias de ese espectáculo, y, privado de vuestra asistencia, que es la única nota bonita, de luz, de ilusión y de alegría de la fiesta, no irán tampoco los verdaderos hombres y el famoso espectáculo quedará reducido a un conjunto de flamencos, verdadera horda sendienta de alcohol y de sangre, sólo comparable por lo repugnante con el antiguo circo romano.

Lucid vuestra mantilla y mantón de Manila, que con tanta gracia y gentileza ostentáis, en otra clase de fiestas, donde la cultura, la ciencia y el arte estén representados;



por más que, donde vayáis vosotras, no hace falta ningún espectáculo; vuestra sola presencia lo constituye y será el más hermoso, el más seductor, el más atractivo, porque representará la gracia, la alegría, la ilusión y la poesía, porque...

«Donde haya una mujer hermosa...»

No concurráis, pues, a las corridas, y con vuestra ausencia definitiva, si no acabado de una vez, habréis asestado un golpe mortal a tan brutal espectáculo o por lo menos le habréis hecho cambiar el nombre para siempre, porque ausentes de él vosotras ya no merecerá llamarse como hasta ahora LA HERMOSA FIESTA NACIONAL ESPAÑOLA.

Claudio de Sousa.

Badajoz, abril 1928.




La fotografía que sirve de portada fué obtenida por el fotógrafo señor Amado en los corrales del circo taurino de Bilbao, que sorprendió al mayoral de la ganadería de doña Carmen de Federico acariciando a uno de los toros de lidia, y por lo visto no sentía mucho temor, puesto que dejó de mirar a la res para retratarse de frente.

Por la actitud de complacencia y de satisfacción que demuestra el toro, se puede deducir el agradecimiento con que está recibiendo las caricias de su amigo el mayoral.

(La fotografía está tomada de "A B C.")

Para pedir este folleto, a su autor: AVENIDA DE JOAQUÍN COSTA, 1, BADAJOZ.



21643.



